

# Las claves biográficas de "El adefesio"

**S**ERIA totalmente imposible hablar del moderno teatro español sin contar con Andalucía. No sé si la razón última habría de buscarla en el hecho de que el teatro sea un arte que exige la extraversión, el deseo de mostrarse ante los demás, y en que esta sea —al margen de los tópicos— una característica de la cultura andaluza. Solicita el teatro, en razón de su lenguaje escénico, un sentido de la imagen, de los ritmos y del verbo, ampliamente compartidos por aquella comunidad. Los problemas sociales de Andalucía serían, a la hora de explicar la vitalidad teatral de ese mundo, otro factor decisivo, puesto que en la escena buscaron unos y otros la posibilidad de expresar la rebeldía o la conformidad, el rechazo o la defensa del orden vigente. Alberti, al hablar del marco de "El adefesio", nombra las "reminiscencias musulmanas". Pero en sus Memorias habla también de beatos intransigentes, de antiguos ricos enloquecidos y de concentraciones monopolísticas. Lo que quiere decir que a lo largo de los años, la vida andaluza ha sido campo de contradicciones extremas, de señoritos y anarquistas, de terratenientes y emigrantes, en términos que pedían la confrontación siquiera poética del teatro. La "reminiscencia musulmana" era el caldo de cultivo de un proceso deforme que, por ejemplo, metía a las mujeres entre las paredes de la casa mientras mandaba al hombre a "buscarse la vida" lejos de los suyos...

De esta tensión social y de estas características culturales surge un teatro en el que, más o menos explícitamente, siempre se intenta plantear una visión global de la sociedad andaluza y, por extensión, de la sociedad española. De ahí también el éxito de este teatro, puesto que el hecho de ser "andaluz" jamás lo priva de una fuerte significación dentro de los procesos generales del país. En última instancia, la condición límite de la realidad social andaluza, la exasperación o el temor —según los intereses que se tuvieran en el pleito— que esa situación producía actuaban como un factor que ayudaba a detectar con claridad lo que en otros lugares de mayor desarrollo económico aún se mantenía en cierta penumbra. Andalucía era, por decirlo en términos actuales, algo así como el Tercer Mundo de la Península, caracterizado, ade-

más —a diferencia de lo que ocurría en otras regiones, también desarrolladas, pero geográficamente hostiles—, por un gusto a la vida y por un sensorialismo, hijos del paisaje y del "andar al aire libre", singularmente sensible a todas las formas opresivas.

Todo eso está en el teatro. Está para afirmarlo o para ocultarlo. Está en las obras de los hermanos Al-

cionarias de Muñoz Seca, en su visión sistemática del pueblo como una clase con gracia y con mandanga. Está en el ahogo del granadino, exiliado en Castilla, José Martín Recuerda. En la amargura, encarnada en irreverente barroquismo, de Romero Esteo. En la desesperación existencial del almeriense Jesús Campos. O, desde la perspectiva de la clase popular, en

## José Monleón

varez Quintero, cronistas de un mundo pulcro y limpio, cuya paz sólo necesita que amos y criados se quieran y respeten sin cuestionar su estamento. Está en los dramas de García Lorca, con sus heroínas castigadas por invocar los derechos de la sangre frente a los derechos que se inscriben en el Registro Civil y el Registro de la Propiedad. Está en las obras más reac-

el trabajo de La Cuadra. O en los intentos del grupo sevillano Esperpento por definir una "estética de lo borde"...

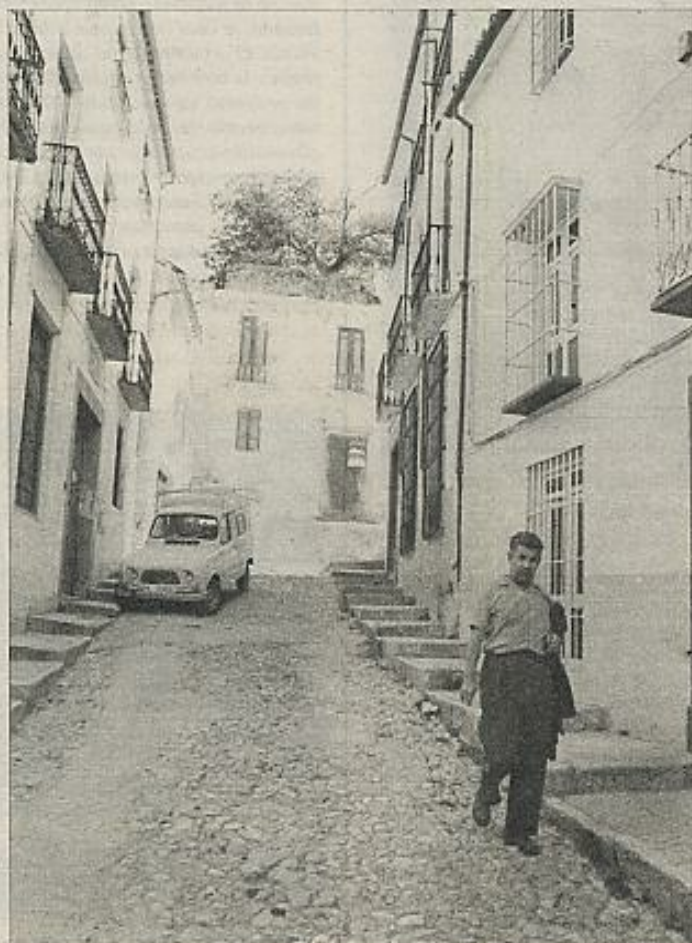
Y está también, claro, en la obra de Rafael Alberti, el dramaturgo y poeta del Puerto de Santa María, cuya obra "El adefesio", tras ser representada por algún grupo independiente —concretamente de Barcelona y de Sevilla—, va a ser, al

fin, vista de un modo lógico y regular sobre los escenarios españoles.

## El Colegio de las Hermanas Carmelitas

Había releído despacio sus Memorias. Y me pregunto hasta dónde estaba usurpando un goce que era suyo, que a él le pertenecía. Le imaginaba de vuelta en España y andando, escondido el nombre, por las calles del Puerto de Santa María. Pasé despacio por delante de la casa donde naciera. Alcancé a ver algún mayordomo, como no los había visto desde las comedias de Benavente, asomando con su impecable disfraz por el portalón de algún palacio de bodeguero millonario. Busqué el Colegio de las Hermanas Carmelitas. "De mi infancia en aquel colegio de monjas recuerdo más que nada un jardín enchinado en el que había un retrete —diminuto lugar conocido por el 'cuartito'— adonde la preciosa hermana Jacoba y la finísima hermana Visitación llevaban a los niños más chicos, volviendo ambas muchas veces a la clase rociadas de pis los feos zapatos. Aquel jardín con sus cuatro muros de cal, cubierto solamente por un nutridísimo báncigo, a ciertas horas con más gorriones que flores, guardaba seguramente el eco de mis primeros juegos, de mis primeros gritos y cantos, ya claros y precisos en el nacimiento de mi memoria".

Consciente o inconscientemente, cuanto escribe Alberti de este colegio de su infancia tiene el mismo carácter contradictorio. Junto a los adjetivos y las imágenes claras, junto a la inmersión gozosa en el paisaje y en la vida del Puerto, el rechazo de los muros y las prácticas del colegio. Juegos, gritos, cantos y también los cuatro muros de cal y los feos zapatos rociados de pis. Oposición significativa, porque en el Colegio de las Hermanas Carmelitas hizo Rafael la primera comunión, y allí, siendo todavía muy niño, se le planteó ya el conflicto entre las prácticas religiosas y sus criterios vitales. "La plática, a tono con lo que una inteligencia de cura piensa que un pobre niño en ayunas puede comprender, debía ser larga y llena de necedades, porque empecé a olvidar que aquel era el día más feliz de cuantos me es-



Calle del barrio antiguo de Rute. De ahí sacó Alberti la historia de "El adefesio".



Casa donde nació Rafael Alberti, en Puerto de Santa María.



Pasillo del colegio de jesuitas del Puerto de Santa María: "Allí sufrí, rabí, odié, amé, me divertí y no aprendí casi nada durante cerca de cuatro años de externado".

peraban en el mundo, mientras un aburrimiento mezclado de hambre me hacía bostezar varias veces de manera poco edificante".

Junto al viejo colegio, de sólida e imperturbable fachada, en la calle silenciosa, hay una tienda de muebles. Arriba del nombre del colegio —Muebles La Buena Suerte—, bien visible en el muro, está la lápida que recuerda a Muñoz Seca. "Los pueblos que honran a sus hijos ilustres se honran a sí propios. El Puerto de Santa María a Pedro

Muñoz Seca. Nació este insigne comediógrafo y poeta en esta ciudad...". Me acuerdo de su muerte y pienso que en aquellos pocos metros hay materia más que suficiente para sentir la dolorosa Historia de España, que es la de Andalucía y la del Puerto. Allí están los dos teatros. Los dos mundos. Y hasta el título espontáneo de un comercio que bien valdría para el de una comedia de la Andalucía banal. De Muñoz Seca, por ejemplo, a quien la crítica teatral española de los

años cuarenta —cuando Alberti era un exiliado inenarrable— quiso convertir, quizá para darle un sentido a su estúpido asesinato, en grandísimo dramaturgo del Imperio.

Inútil buscar, ya se entiende, ninguna placa que muestre el orgullo del Puerto de Santa María por su hijo Rafael Alberti. Las placas son materia oficial y Rafael está demasiado vivo para que ninguna autoridad gaditana haya hecho con él lo que las autoridades granadi-

nas si hicieron, en la fachada de la casa natal de Fuente Vaqueros, con el nombre de Federico García Lorca.

En El Puerto, el rótulo que homenajea el nombre de Rafael Alberti es, sin embargo, el más exacto que pudiera concebirse: Librería Alberti.

### La casa de la palmera

Nuestro guía y fotógrafo, el industrial Rafael Esteban Poulet, que prepara un documental doble Alberti, nos lleva a una de las casas en que vivió el escritor. "Vivimos por estos años en una (casa) de la calle de Santo Domingo, con un patio de losas encarnadas y un gran naranjo en el centro. Tan alto era que siempre le conocí podadas sus ramas superiores. Así el toldo contra el sol del verano no sufría al extenderse sus desgarraduras... Bajo la escalera, que arrancaba del patio y subía al primer piso, se agachaba la carbonera, el cuarto lóbrego de los primeros castigos y terrores". Llegamos justamente cuando el árbol acaba de ser arrancado, y por su tamaño resulta difícil cargarlo en la camioneta. No, no es un naranjo, como creía la memoria de Alberti. La permanente poda de sus ramas superiores debió confundirle. En realidad es una palmera, cuyas raíces han levantado en parte las viejas losas encarnadas. Frente a la carbonera, en el centro del patio, la tierra removida tiene algo de imagen sangrienta, de sepultura recién hecha.

Un hombre se acerca para indagar en mi curiosidad. Es un familiar del actual dueño de la casa y me dice que el árbol ha sido arrancado simplemente porque podía venderse a buen precio. Le pregunto si sabe que en aquella casa vivió Rafael Alberti. Y no sé si él u otro de los que ya forman en el corrillo me dice que sí, que aquel árbol lo plantó el mismo Rafael, que Rafael es un hombre muy importante y que ha hablado de esta casa y de este árbol en sus libros...

Y uno siente que, aun cuando el destino de las casas —salvo los casos singulares en que se hallan íntima y largamente unidas a una personalidad cuya supervivencia nos importa— no puede detenerse por el hecho de haber sido temporalmente ocupada por un escritor, aquella palmera merecía algún tipo de respeto. Quizá porque la asociación entre ella y el ausente resulta inevitable.

Pienso que lo que era un lugar tangible, verificable, se nos ha vuelto esta tarde un lugar inmóvil en el exilio y la poesía de Alberti. O, desde la perspectiva del Puerto, en una ausencia palpable, según da fe la tierra removida.

### En el Colegio de los Jesuitas

Gran plaza de magnolios. Fachada con aire de gobierno civil. FI ▶

# Alianza Editorial

El libro de bolsillo

*Novedades*

Joseph Conrad  
**El corazón de las tinieblas**  
LB 623, 100 ptas.

Steven Goldberg  
**La inevitabilidad del patriarcado**  
LB 622, 200 ptas.

Luis Felipe Vivanco  
**Antología poética**  
LB 621, 100 ptas.

Bertrand Russell  
**Retratos de memoria y otros ensayos**  
LB 620, 150 ptas.

Umberto Eco,  
Edmund Leach,  
John Lyons,  
Tzvetan Todorov  
y otros  
**Introducción al estructuralismo**  
LB 619, 200 ptas.

Klaus Birkenhauer  
**Samuel Beckett**  
LB 618, 200 ptas.

Jacob y Wilhelm Grimm  
**Cuentos**  
LB 617, 200 ptas.

Flora Davis  
**La comunicación no verbal**  
LB 616, 200 ptas.

Solicite catálogo a Alianza Editorial  
C/. Milán, 38. Madrid-33

## Las claves biográficas de 'El adefesio'

gurita ingenua del Santo, que no acaba de encajar en la atmósfera fría y burocrática del vestíbulo. Pasillos del Colegio de San Luis Gonzaga. Pasillos ornamentados en la parte donde se encuentran las grandes aulas y salones de actos, quizá porque son pasillos frecuentados por quienes no son estrictamente colegiales. Pasillos mucho más austeros en el interior. Gran patio central con piso de cemento. Precisión y simetría, como si las reglas de la orden fueran también la disciplina de la arquitectura. "La primera mañana de mi ingreso en aquel palacio de los jesuitas se me ha extraviado, pero, como todas fueron más o menos iguales, puedo decir que llegaba siempre casi dormido, pues las seis y media, noche cerrada en el invierno, no es una hora muy agradable para oír Misa, comulgar y abrir luego, todavía en ayunas, un libro de aritmética".

En las Memorias de Rafael hay muchas líneas implacables contra este colegio. Madura aquí una actitud decidida contra los conceptos de autoridad y religión que aún y asumen sus maestros. También a partir de aquí —aun cuando sea difícil saber en este punto hasta dónde se trata de una opinión del Alberti adulto o un juicio fraguado en su época de colegial— se integran en un solo juicio dos tipos aparentemente distintos de valores: el poder económico de la orden y, por tanto, su compromiso con las clases adineradas, y, de otra parte, su mal gusto estético. "Mi educación religiosa corresponde no ya a la gran época de los altares y cornucopias doradas a fuego, sino a la decadente y lamentable de los oros fingidos, de los resplandores engañosos, de los Sagrados Corazones fabricados en serie y esos necios milagros productivos de una Virgen de Lourdes o un Cristo de Limpias". Es muy interesante cuanto dice Alberti en este sentido por la identidad que, de un modo natural, establece entre el arte y la ética; entre la hipocresía de la educación jesuita y los oros fingidos del inmueble. O, en la otra cara de la moneda, entre la libertad y el paisaje que se abre más allá del colegio: "...el primoroso mar de Cádiz, cuyo movimiento de gaviotas y barcos seguimos, a través de eucaliptos y palmeras, desde las ventanas occidentales del edificio en las horas de estudio".

Habría, pues, en la memoria de Alberti dos órdenes de valores claramente contrapuestos. A un lado estaría la hipocresía, la fealdad, la represión, el dinero, el poder y la

decadencia; al otro, sus valores contrarios, es decir, la sinceridad, la belleza del paisaje, la libertad, el pueblo y la necesidad de un cambio social. A la idea de la vida encerrada, su amor al mar y su condición de viajero inagotable, y eso —basta recordar sus viajes anteriores al 36— más allá del drama del exilio.

En este sólido edificio, cárcel de hermoso patio, con ventanas abiertas al mar de Cádiz, estaría una de las claves de la poética de Alberti. Es decir, de un compromiso vital, alimentado por la experiencia y por los colores del paisaje mucho antes de llegar a sus manos el primer libro de teoría política. "Allí sufrí, rabí, odié, amé, me divertí y no aprendí casi nada durante cerca de cuatro años de exiliado".

## Monopolio y agonía

Alberti procedía de lo que suele llamarse una buena familia, para indicar una familia rica. Porque es bien sabido que una serie de conceptos, más o menos ligados en su origen a las virtudes éticas, pasaron a ser con el tiempo la expresión de un estatus social. Rafael descendía de gentes ricas: "Los abuelos habían sido cosecheros de vinos, grandes burgueses, propietarios de viñas y bodegas, católicos hasta la más estrafalaria locura y la más violenta tiranía". Pero luego la familia habría ido viniendo a menos, tanto por la desidia mercantil de los herederos como por el creciente monopolio de las firmas más fuertes. Rafael respiraría, pues, en su infancia y en su propio ámbito la decadencia social y económica de los suyos. El catolicismo intemperante, la locura y la tiranía de sus abuelos no sólo no habrían decrecido de los herederos como por el creciente monopolio de las firmas más fuertes. Rafael respiraría, pues, en su infancia y en su propio ámbito la decadencia social y económica de los suyos. El catolicismo intemperante, la locura y la tiranía de sus abuelos no sólo no habrían decrecido de los herederos como seres despóticos, enloquecidos por su decadencia. La religión y el trago excesivo, cada uno a su tiempo y en su esfera, habrían servido para componer la máscara y sostener el cuerpo después de perdido el papel histórico. Si el padre de Rafael no lo hizo, pagó su precio: trabajar para los Osborne y pasar largas temporadas muy lejos de su casa.

Cuando cruzo por una calle del Puerto y leo el nombre de Osborne, hecho de azulejos, sobre la pared blanca e inacabable de una de sus bodegas, pienso que ahí tenemos también otra clave para entender la personalidad de Alberti. Su aversión a los monopolios y, al mismo tiempo, su rechazo de quienes encubrían con la dureza de sus ideas la creciente debilidad de sus nuevas realidades. A los primeros los sentía políticamente enemigos; a los segundos, peligrosa y despóticamente agonizantes.



## Un verano en Rute

Este era el mundo interior de Alberti cuando en el año 25 pasó algún tiempo en Rute. Allí recibiría el telegrama que le anunciaba la concesión del Premio Nacional por su "Marinero en tierra". Allí reafirmaría su vocación de dedicarse a la poesía. Allí, sentado junto al puente de Las Golondrinas, escribiría su poema "La encerrada" y compadecería al personaje real que, muchos años después, iba a servirle de base para su más importante drama. "En el barrio alto vivía una hermosa muchacha, conocida en el pueblo y los alrededores por el nombre de "la Encerrada", a la que solamente podía vérselo, siempre en compañía de alguien, tapado el rostro por un velo, durante la Misa del alba... Supe más tarde que "la Encerrada" de mis primeras canciones ruteñas, siguiendo una triste tradición muy antigua en su pueblo, se había suicidado. Las causas no me las dijeron, nunca llegaron hasta mí. Pero con lo que sabía ya de ella y sus terribles guardianas pude también, pasados casi veinte años, tejer mi fábula del amor y las viejas, a la que por todo el horror moral y físico que respira titulé "El adefesio".

Estamos ya en el 44. Rafael lleva ya cuatro años en Buenos Aires. Tiene encima la experiencia de nuestra guerra civil, en la que ha sido uno de los más claros derrotados. El fascismo es historia presente en todo el mundo. Y Margarita Xirgu, la misma que un día le estrenó su "Fermín Galán" en el Teatro Español, de Madrid, quiere una obra suya para presentarse en el Teatro Avenida, de Buenos Aires. Es seguro que Rafael anda perseguido por mil recuerdos, por mil rostros, por innumerables temas salidos de su dolorosa lucha de estos años. Pero, quizá inesperadamente, un tema se le impone, como si el autor sintiera que en él se

# La nueva cartelera

**L**A temporada teatral madrileña acaba de poner en pie, en el apretado espacio de unos días, varios títulos fundamentales. Si uno vuelve la vista atrás y hace memoria de lo que ha sido la vida teatral española de muchos años, concluye que hubo temporadas enteras, y hasta décadas, que no colocaron en las carteleras lo que ahora se ha planteado en una semana: "Galileo Galilei", de Brecht; "Los cuernos de Don Friolera", de Valle; "El adefesio", de Alberti, y la renovada visión de "La casa de Bernarda Alba", de Lorca. Títulos todos ellos de una clara significación en la historia del teatro moderno —sobre todo, claro, desde la óptica española— y que citamos aquí sin beatería ni triunfalismo alguno.

Sin beatería, porque importan también las propuestas de los autores jóvenes y contemporáneos —estrenados esta temporada o, como es el caso de Nieva, supervivientes de la temporada anterior—, a las cuales hemos dedicado —con mayor o menor acierto en el juicio— la máxima atención. Y porque asimismo cuentan estrenos como el de Mrozek, y habrán de contar, en plazo breve, espectáculos presentados fuera de esta semana de "grandes acontecimientos", entre los cuales ya podrían citarse el más que posible montaje de un texto de Fernando Arrabal por Adolfo Marsillach o, en el campo de los grupos independientes, la presencia de La Cuadra en el Arlequín.

Y sin triunfalismo, porque estamos aludiendo a un fenómeno madrileño y, por tanto, a una parcela específica y en nada generalizable de la realidad teatral española.

Cabría, incluso, preguntarse si no estaremos ante un hecho de significaciones equívocas. Estrenar, en una misma semana, a Brecht, a Valle y a Alberti —y, en los tres casos, obras que figuran entre las más densas y más críticas de su producción— tiene toda la solemnidad de una "puesta al día" de nuestro largo tiempo amordazada cartelera teatral. Si la evolución de nuestro país hubiera de juzgarse por el salto del repertorio madrileño desde el día, nada lejano, en que Carrero Blanco vio y prohibió "El círculo de tiza" hasta hoy, las conclusiones no podrían ser más confortadoras. Serían, sin embargo, parcialmente falsas. Cosa que sabemos muy bien.

Anda nuestra realidad queriendo zafarse de un largo período de inmovilismo. Muchas de las fuerzas que lo impulsaron y lo administraron siguen prácticamente intactas; pero, a la vez, también han crecido y madurado —con los límites de toda oposición privada de la confrontación regular con las opiniones públicas— las fuerzas que desean el cambio. De hecho, la cartelera de Madrid podría interpretarse como el re-

sultado de la presión de las fuerzas democráticas que, como es sabido, siempre se han dejado especialmente sentir en los campos del arte y de la cultura. Las viejas empresas teatrales no habrían hecho otra cosa que acomodarse a la nueva situación, aceptando en sus escenarios los títulos que deben atraer, presumiblemente, a un público que quiere, a su manera, estrenar la libertad.

Se inscribe así el teatro —teatro dentro del teatro— en esa otra gran representación que se desarrolla día a día en la vida nacional. Me parece singularmente necesario no perder de vista esta conexión para intentar descubrir hasta dónde el escenario es un instrumento revelador, un colaborador en la creación real del espíritu democrático, o un enmascarador negocio en el que se venden —contra el propósito de los autores, directores y actores de las obras— consumibles "sensaciones de libertad".

Me decía María Casares —un nombre íntimamente ligado a este apasionante comienzo de temporada— que el teatro ha sido siempre el lugar donde se vive lo que por unas u otras razones no vivimos. Si la afirmación está llena de sentido en la contemplación general de los límites del hombre y de las posibilidades creadoras del arte, en España adquiere una matización contradictoria. Porque aquí, en estos momentos, necesitamos saber lo que cada obra nos propone y la razón de la imposibilidad de vivirla, para distinguir entre aquellas que ensanchan nuestra condición humana —y ese podría ser el concepto del arte— y aquellas otras que nos dan libertad en la butaca para quitárnosla, haciéndonos creer que la tenemos, en la vida social.

Una cosa, sin embargo, es evidente. El teatro ha adquirido en estos momentos —al menos desde la discutible perspectiva de Madrid— una importancia social y política que no tuvo entre nosotros durante años. Cada espectáculo aparece cargado de una problemática que se engrandará y remodelará en su encuentro con la sociedad española. Todos vamos a tener que prestar atención a un fenómeno, a través del cual —aun dentro del carácter desdichadamente minoritario del teatro— va a revelarse la verdad o la apariencia de nuestro proceso político. Un fenómeno que, tratándose de teatro, no podrá reducirse a formulaciones ideológicas, sino a cuantos compromisos comporta la elección de un lenguaje artístico. El exiliado Rafael Alberti, la exiliada María Casares, "El adefesio", las largo tiempo prohibidas "Galileo Galilei" y "Los cuernos de Don Friolera", la renovada visión de "La casa de Bernarda Alba" estén aquí... ■ JOSE MONLEON.

La Arboleda Perdida sigue en pie.

resumen todas sus ideas y sus sentimientos. No es de Rute ni de "la Encerrada" de lo que quiere hablar —"las causas no me las dijeron, nunca llegaron hasta mí"—, sino de esa Andalucía que llena su memoria, de la intransigencia decrepita, de los muros del colegio, de la libertad y de la muerte. El horror es "físico y moral", como hubiera dicho de muchacho, aunque ahora sepa que ese puede ser el arranque de una larga andadura política. Los vacíos de la historia perdida de la muchacha rufesca quedan muy pronto cubiertos. Y Rafael siente, allá en Buenos Aires, muy lejos de su Bahía, que Gorgo tiene la cara de todos los tiranos, grandes y pequeños, que le han prohibido escaparse del colegio y tumbarse sobre las dunas. Que la limosna y el rezo de los verdugos de Altea es una vergüenza.

## La Arboleda Perdida

Ninguna asociación forzada en lo que digo. Con apenas una semana de intervalo, he estado, solo, en el bosque que llaman la Arboleda Perdida, del Puerto de Santa María y, con Rafael, en un café de Saint-Germain. El poeta llevaba cuarenta años sin atravesar el camino que bordea la vieja finca de Mazzantini y, sin embargo, me hablaba del paraje como si hubiera estado a mi lado siete días atrás. Lo formidable de Alberti es que es un exiliado y no es un exiliado patético. Es decir, que sabe de qué realidad suya sensorial —¡y eso es tanto!— ha sido separado, y, al mismo tiempo, ha seguido enriqueciendo su obra. Está lleno de todos los rostros, paisajes y experiencias que le llegaron después del 39, los asume con vigor —de pronto le entran ganas de acabar su vida sobre cualquiera de las tierras de América Latina— y, al mismo tiempo, tiene sus raíces incommovibles entre las retamas de la Arboleda. Por eso, mi última

aproximación es ambigua. Como sin saber si Rafael estuvo o no conmigo en el bosque de su infancia. "En la ciudad gaditana del Puerto de Santa María, a la derecha de un camino, bordeado de chumberas, que caminaba hasta salir al mar, llevando a cuestras el nombre de un viejo matador de toros —Mazzantini—, había un melancólico lugar de retamas blancas y amarillas llamado la Arboleda Perdida... Ahora, según me voy adentrando, haciéndome cada vez más chico, más alejado punto por esa vía que va a dar al final, a ese 'golfo de sombra' que me espera tan sólo para cerrarse, oigo detrás de mí los pasos, el avance callado, la inflexible invasión de aquella como recordada arboleda perdida de mis años". La Arboleda existía y existe. Y en "El adefesio" seguimos reconociendo muchas cosas semiveladas de nuestro mundo. Quizá por eso, en definitiva, Rafael Alberti nunca estuvo del todo ausente.

En la terraza del Café Danton, a cuatro pasos de la Sorbona, Rafael me dice:

—Mi infancia pesquera, vinícola, marinera, me marcó de tal manera, para mí tuvo tal poder de claridad —para los ojos y el sentimiento—, que yo estoy tocado de una forma verdaderamente extraña y obsesiva por aquellos paisajes y por aquellos años. Naturalmente, se me han mezclado con mi larguísima vida y con los terribles acontecimientos que me han sucedido, pero rara es la cosa que yo escriba que no salga, de una manera u otra, del mar —aunque cuando yo diga mar, no sea el de la Bahía, en el fondo lo es— y de todo aquello, que sigue siendo fundamental. Si yo no hubiera tenido aquella infancia y aquellos tios locos andaluces, todos tan religiosos y tan borrachos, no creo que hubiera escrito, y es muy fácil que sólo hubiera sido pintor. ■ Fotos de RAFAEL ESTEBAN POULLET.